

El Otro Nombre

Heiner Flores Bermúdez

Image not found.

Capítulo 1

I

Era como un sueño confuso. Las imágenes embestían sin misericordia; recuerdos no vividos se deformaban esporádicamente en su memoria, mostrándole perturbadores retratos: el pasado en innumerables posibilidades; quizá también el futuro. No estaba seguro de nada. ¿Eran aquellos, recuerdos reales? ¿Eran si quiera recuerdos? Ese pulsátil y violento dolor en su cabeza intentaba convencerlo de que obtener respuesta realmente no importaba, casi nada lo hacía; cualquier cosa pierde importancia cuando se es tan miserable. Desde su perspectiva, casi todo suceso, por extravagante que fuera, carecía de verdadera relevancia. Pocas cosas lo sorprendían. Se había acostumbrado, incluso, a aquel sombrío y pálido rostro que solía visitarlo. «El hombre muerto», lo nombró; llevaba un sombrero fedora, vestía un traje meticulosamente confeccionado de un negro tan perfecto (como el de su sombrero) que incluso hipnotizaba al tiempo; un hombre alto y delgado. Le bastaba con cerrar sus ojos para encontrarlo; se reía de él y le atormentaba sosegadamente: «Mire, señor Vane, mire, este es el resultado. Esto es lo que ha logrado». Figuras humanas en escafandras hacían crujir sus brazos obligándolo a mirar una formidable plaza de hormigón en donde los últimos rayos de luz diurna caían oblicuamente sobre la muerte y la orfandad; un retrato de perversidad, insignia del triunfo de una ominosa fuerza opresora.

«¿Lo he soñado acaso?», se preguntó en ocasiones. Cuando la imagen estaba por arraigarse, el lastimero recuerdo mutaba mil veces hasta evocar un sentimiento culposo que intentaba dispersar en los rincones de su cuerpo: se miró a sí mismo reflejado en el cristal de un ventanal enorme, viejo y distinto, de pie junto aquel hombre alto y delgado. Su mano sostenía una embriagante bebida, e incluso pudo sentir el frío vidrio del vaso y su relieve escamoso, la humedad, y el dulce aroma que emanaba, y escuchó con toda claridad el sonido que éste hizo cuando fue golpeado contra el vaso del hombre a su lado. Y juntos sonrieron en una habitación elegante en la cima de la torre más alta del mundo, mirando a través de aquel ventanal, hasta que la culpa se volvió desconocida y sintió que era posible que nunca hubiera existido; hasta que el brillo del sol lo cegó y todo cuanto había visto se desfiguró hasta olvidarlo, y ni siquiera su nombre le era claro.

Estaba sentado, con sus ojos cerrados, con su cabeza apoyada en el frío acero, pronto a quedar cautivo en la prisión de sus memorias. El chirrido que hizo el tren al desacelerar lo trajo de nuevo al mundo real, o a lo que sea que aquello fuera. Abrió sus ojos y por un momento solo pudo ver luz

blanca, intensa, exudando misticismo, y ésta golpeó con nervio su cabeza, enfureciendo al dolor. Se agarró la frente y gimió levemente; tanteó un par de veces hasta que consiguió sacar un frasco de píldoras de uno de los bolsillos de solapa de su gabardina negra y vertió el contenido en la palma de su mano derecha, el último comprimido. Se lo echó a la boca y devolvió el frasco vacío a su bolsillo.

Su visión se afinó de apoco, entre refriegos, hasta que se tornó confiable; miró a todos lados en busca de algún detalle que pudiera recordarle en donde estaba o de dónde venía. Ni siquiera sabía a donde iba. Se enfrentó a sus recuerdos en busca de respuestas, pero aquellos eran tan espesos y confusos que ni siquiera estaba seguro que fueran suyos. «Esto es un tren... Estás en un tren... ¿Qué haces aquí? ¡Recuérdalo!», parpadeaba especialmente rápido mientras especulaba.

Una voz femenina se escuchó de repente y algo se agitó en su interior despertando una emoción agradable: «El tren se está deteniendo, permanezca en su sitio hasta que se le indique lo contrario», la voz salía de un altoparlante gris en forma de embudo que se tendía de una esquina en el vagón, y por alguna razón indescifrable lo volvió sereno y esto le permitió distinguir los detalles con mayor precisión. Miró atrás y adelante y definió su transporte; el acero era tosco y sus interiores incómodos, se sacudió en su asiento y sintió la fibra de vidrio, dura y resbaladiza, y ésta avivó en él una disconformidad fatigosa.

Un áspero frescor acarició la piel de su rostro de tal manera que añoró el húmedo y cálido cuerpo que alguna vez se restregara contra el suyo. Se frotó sutilmente la mejilla y volvió a escanear con la mirada. Otro pasajero ocupaba su vagón, esperaba en su asiento perfectamente inmóvil, tanto que parecía estar paralizado en el tiempo como si fuera la imagen remanente de un recuerdo olvidado. «¿Le conozco, acaso?», y cuando quiso hablarle titubeó varias veces hasta que desistió por cierta razón que olvidó al instante. Obligó su vista al frente, reflexivo, y buscó recuerdo de otros vagones u otros pasajeros, hasta que un tironeo feroz en su cien le trajo representaciones de incontables sucesos. Decidió abandonar al instante.

«¿Por qué estás aquí? ¿A dónde ibas?», se preguntó. Observó por la ventana y halló que el oscuro velo nocturno descansaba ya sobre el mundo, y la gélida brisa se hizo más evidente. El tren estaba por detenerse. Farolas, dispuestas a lo largo del andén, iluminaban tímidamente el lugar; detrás de ellas, la fachada de un edificio se asomaba, apenas, entre la gruesa y recelosa neblina. El tren se detuvo por completo. Dos hombres odiosos se apostaron a las puertas del vagón. Iban vestidos con algún tipo de traje protector: una escafandra ligera que brillaba con distintos tonos de negro; no era posible ver sus rostros a través de los visores de sus cascos, opacos por diseño. «¿Quiénes son esas personas? ¿Es eso una especie de traje especial...?», inquirió. Cada

uno cargaba un fusil de asalto. Uno de ellos hizo girar su cabeza y luego sus brazos, en una especie de ejercicio de estiramiento. Jon miraba detenidamente. Un detalle se destacó sobre el resto, un símbolo impreso en las escafandras a la altura del pecho, en el costado izquierdo, de ambos oficiales. «¡La compañía!», recordó. Nadie más se aproximó a ningún otro vagón.

Hubo una quietud prolongada; solo pareció escucharse el sonido de la brisa que se colaba entre la hendidura que dejaba su ventana entreabierto. Una sensación adormecedora fue apoderándose de su cuerpo hasta que fue detenida súbitamente por un escandaloso bufido tempestuoso y una voz armoniosa: las puertas del vagón se abrieron y el altoparlante en la equina resonó nuevamente: «Pasajeros del vagón tres, su destino asignado ha sido alcanzado. Desciendan ordenadamente. Un oficial los recibirá en el andén con indicaciones. La compañía agradece su servicio y les recuerda, "La productividad prevalece en obediencia"».

«¡El reactor de fusión!», recordó al fin. Se levantó de su asiento y caminó hasta la puerta, el otro pasajero hizo lo mismo. Tuvo la intención de hablarle, pero antes de que pudiera, uno de los oficiales se acercó a él: «¿Jon Vane?», le preguntó. Su voz se escuchó monofónica, como si proviniera de un radio o comunicador portátil; salía de un pequeño altavoz en la barbilla de su casco.

Aquel nombre le concedió cierto indicio: «¿Jon Vane...? ¿Jon...? ¡Por supuesto!», pensó. Tardó un poco en responder, y cuando ya el oficial estaba a punto de repetir la pregunta, contestó con aire orgulloso:

—Soy yo. Soy Jon Vane.

El otro pasajero fue abordado por el otro oficial. Jon no pudo o no quiso escuchar su nombre.

—¡Párese ahí! —le ordenó bruscamente el oficial.

Se escuchó un zumbido tímido a lo lejos que se intensificó rápidamente. Un dron, algo más grande que su cabeza, voló desde entre la neblina, dispersándola a su paso; se dirigía hacia él a toda velocidad. Se detuvo de golpe justo antes de chocar contra su cuerpo. Jon no fue capaz de controlar sus reflejos, instintivamente retrocedió.

—¡No se mueva! —regañó el oficial, levantando ligeramente su fusil.

El dron, una especie de esfera imperfecta, más angosta en la parte trasera, de algún metal resistente teñido de rojo y de aspecto amenazante, se posó justo frente a su rostro. Se tambaleaba vagamente, casi imperceptiblemente, de un lado a otro. El antes sonoro zumbido se había vuelto algo más débil, de algún modo hipnotizador. Un gran lente

rojo, que se enfocó un par de veces, lo miró fijamente por algunos segundos. Jon se quedó inmóvil, recíproco en atención. Abrió sus ojos más de lo normal. El embriagante zumbido le avivó ciertos recuerdos que quiso explorar, pero su intento fue impedido por el disparo de un destello blanco y cegador. «Jon Vane», sonó una voz robótica, apenas entendible. El dron se alejó violentamente, posándose frente al otro hombre. Éste también retrocedió.

—¡Camíne! —ordenó el oficial a Jon.

—¿Hacia dónde?

El oficial le señaló la silueta tras la neblina, el edificio de la estación. Jon comenzó a caminar sin prisa. Miró atrás. El otro sujeto era ahora examinado. Comparó su vestimenta con la suya y no encontró parecido alguno, pero, por el desgaste y lo pedestre, estuvo seguro que se trataba de un civil cualquiera. Tenía un aspecto amistoso y aparentaba encontrarse en calma. No sonreía, pero casi parecía que lo hacía. Estaba detenido, ahí de pie, esperando a que su identidad fuera confirmada. Un destello fue lanzado por el dron, pero nada sucedió. Jon continuó caminado. Miró al frente y otra vez atrás. El sujeto fue bañado, otra vez, con el cegador destello, y una vez más, nada ocurrió. Su apariencia cambió radicalmente; la repetición del examen lo volvió nervioso. La espera tornó rígido al aire y el tiempo se dilató tanto que incluso pareció detenerse por un momento. Todo ocurrió muy rápido después: «Identidad desconocida», acusó la voz robótica del dron, esa que apenas podía entenderse. «¡No, no, espere! ¡Debe haber un error!», expuso el hombre francamente aterrado. El oficial que lo examinaba forzó dos tímidos pasos hacia atrás, y apuntó con su fusil al quebradizo hombre; el dron disparó una paralizante carga eléctrica que hizo caer al sujeto. El evento gatilló un instintivo deseo en Jon que lo obligó a detenerse. Por su postura quizá alguien podría haber dicho que se había puesto en guardia. Un alarmante bullicio desfiló sobre su cabeza: ondas sonoras que aumentaron y disminuyeron su frecuencia con el pasar de cada uno de alrededor de una docena de drones; volaron desde el edificio hacia el andén y se ordenaron, equitativamente, alrededor del indefenso hombre.

—¡Camíne! —gritó el oficial que escoltaba a Jon, y lo pinchó con el cañón de su fusil; una pequeña, pero incómoda, carga eléctrica atravesó su costado.

—¿Qué está sucediendo? ¿Qué van a hacerle?

—¡Cállese y camíne! Si intenta algo extraño no dudaré en dispararle.

Algunos pasos después, la entrada al edificio se volvió visible. Estaba cubierta por una pared de energía semi traslúcida azulina. Cúmulos de electricidad titilaban aleatoriamente alrededor de toda su superficie.

«Deténgase un momento», ordenó el oficial. Del otro lado de la puerta de luz pudo avistar varios oficiales corriendo en su dirección. «¿Acaso no pueden ver el campo electromagnético?», se preguntó al pensar que, inevitablemente, chocarían con el mismo.

—¡El andén! —gritó el oficial que escoltaba a Jon, señalando la dirección a los que venían desde el interior del edificio.

Jon arrugó su rostro justo antes de que el grupo de oficiales atravesara la puerta. Pensó en electrocución o quemaduras, quizá solo revotarían después de llevarse un fuerte golpe. Todos atravesaron la barrera sin ningún problema.

—¡Adelante! —ordenó el oficial. Jon aún reflexionaba sobre lo que acababa de suceder—. ¡Le digo que se mueva! —insistió molesto. Los dos caminaron hacia la barrera.

Jon, a paso confiado, caminó hacia la barrera de luz con intención de atravesarla, con tal determinación que no advirtió que su escolta se había detenido a teclear algún comando en una pequeña pantalla en su guante. El golpe que se llevó fue tan fuerte que estuvo a punto de caer de espaldas.

—¿Qué diablos hace, Vane? ¿Acaso está ciego? Todavía no he desactivado la barrera.

Tardó un momento en responder. Se frotó su rostro como si tal ejercicio fuera a conseguir disipar el dolor.

—Creí que podría atravesar... ya sabe, como los oficiales de hace un momento. —Se le veía avergonzado.

—¿Está bromeado...? Tal vez lleva puesta una escafandra invisible de la que aún no he escuchado. Debería pedir una para mí —dijo con sarcasmo.

Jon lo atacó con la mirada. «Al menos, no me he quemado o electrocutado», pensó. El oficial movió su cabeza de lado a lado mientras terminaba de introducir el comando en el dispositivo de su guante. La barrera desapareció. Ambos se quedaron en silencio mirándose el uno al otro.

—¿Acaso quiere que lo cargue...? ¡Camíne! —ordenó el oficial, y volvió a pincharlo con el cañón de su fusil—. ¡Le digo que se mueva!

Jon dudó. Se postró justo frente a la entrada sin dar otro paso. Todavía pensaba en el hombre en el andén. Una urgencia cuyo origen lo eludía quería obligarlo a ayudarlo. El oficial, furioso, tomó su fusil de asalto y le

acertó un fuerte golpe en la nuca. Vane cayó sobre sus rodillas, invadido por un sentimiento irreconocible. De su mirada emanó una densa y oscura energía: furia inconmensurable. Su mente lo transportó a una habitación macabra; el vapor de agua se condensó en partículas densas que hicieron visible su exhalación. Le rozó un frío espantoso. Sombras en forma de gente se distorsionaron de extrañas maneras. La habitación también lo hizo. Se estiraron y se encogieron, él fue parte de aquello. Experimentó el odio y el amor; la pesadez de ambos sentimientos.

—¡Obedezca! —insistió el oficial, amenazándolo con su arma.

Jon Vane se levantó luciendo un rostro distinto. La rabia que irradiaba tan solo un instante antes había desaparecido en algún rincón de su cabeza. Como si nada hubiera pasado, comenzó a caminar, internándose en el edificio. El oficial lo miró con curiosidad; decidió dejar que Jon se adelantara varios pasos.

Jon resintió el dolor en su nuca y no pudo atribuírselo a ningún evento. Perdió la noción de la continuidad, como solía sucederle, y cuando le volvió se halló dentro del lugar, parado en medio de un amplio salón muy bien iluminado por decenas de bombillas que lanzaban corpulentos rayos blancos en todas direcciones. Escruñó con su mirada; el techo era alto, tanto que pensó en la dificultad que supondría cambiar aquellas bombillas. Encontró largos paños de telas colgantes, negras como la fachada del edificio de la estación. Desplegaban, orgullosas, un símbolo en forma de círculo, atravesado por una figura en forma de "V", el mismo que adornaba el pecho de los trajes de los oficiales.

«¿En dónde me encuentro?», se preguntó, y entonces recordó aquel viejo tren en el que venía y a su otro pasajero, ese que fuera asaltado por un enjambre de impetuosas máquinas. «¿Qué diablos fue aquello?», se preguntó en voz baja. Su vista buscó ajeteo o algún movimiento encendido por lo que fuera que hubiera sucedido en el andén, pero no halló nada. «¿Lo he imaginado?», y entonces decidió que aquello no había ocurrido.

—Apúrese —reprendió el oficial. Jon exhibía distracción, una chocante curiosidad lo invadía.

La lucidez se intensificó con cada uno de sus pesados pasos hasta que consiguió detallar todo en aquella sala, y pudo diferenciar entre el glutinoso olor a madera y la aridez del polvo al respirar el denso aire. Una voz femenina se volvió audible de repente, esa misma que había escuchado antes en el vagón del deslucido tren, esa que le tranquilizaba por alguna razón que no comprendía; anunciaba, paulatinamente, curiosos recordatorios a todos en el salón: «...le recuerda que todos los colaboradores deben cumplir con cada uno de los puntos del manual

“Trabajo Sano” para evitar el envenenamiento por radiación».

—¿Qué es este lugar? —se atrevió a preguntar a su escolta. No consiguió respuesta.

Algunas personas, a quienes asignó la cualidad de civiles, esperaban sentados en bancas ordenadas frente a una ventanilla de apariencia curiosa: un vidrio perfectamente opaco bloqueaba toda imagen proveniente desde el interior; en el centro de este, pequeños orificios sobre una burbuja voluminosa permitían la comunicación. Al lado izquierdo, un dispensador recubierto de aluminio repartía permisos de tránsito, y al lado derecho, un escáner de iris, dos lentes protegidos por bordes de goma y una base donde posar la barbilla, identificaba a los referidos.

La familiaridad del sitio pareció brindarle algunas nociones. Así solía ocurrirle; hacía uso de la poca información que estuviera a su alcance por lacónica que fuera, en el justo momento en el que la recibía. Seguramente por eso era tan callado; su condición era tal, que muchas veces no tenía idea de donde estaba o qué hacía, y ponerse en evidencia no era algo a lo que quisiera arriesgarse. Se acostumbró, incluso, a cuestionar aquellas ocasiones fortuitas en las que asumía momentos de extrema lucidez. «He estado aquí antes», pensó, y todo se volvió tan claro que se le antojó fastidioso.

—Espere en ese sitio, Vane. Pronto lo llamarán por su nombre. —El oficial se apartó de su lado.

Jon se sentó en una de las bancas, de forja de hierro con madera de castaño, relativamente cómoda y agradable a la vista, pero por la mueca que se dibujó en su cara pareció hallarse en un sitio inhóspito y penoso. Estaba lejos de todo, de los oficiales y de aquellas personas a quienes identificó como civiles, no por coincidencia o por elección aleatoria, más bien porque había preferido sentarse en la banca que parecía más aislada; era persistente en soslayar cualquier conversación innecesaria. Quiso echar un vistazo a quienes esperaban, pero como consideró que era posible que alguno de ellos estuviera mirándolo, solo cruzó sus brazos y apuntó su vista al altoparlante sobre la ventanilla a espera del llamado, pretendiendo con ímpetu ignorar todo lo demás. Un incómodo picor le molestó al recrear su anterior pensamiento: «Alguien me está viendo... No, nadie lo hace... Nadie lo hace. Solo concéntrate en el altoparlante», y entonces, como distracción, se propuso reflexionar sobre el lugar en el que se encontraba, en el alto techo y aquellas telas, en el olor del aire o la exquisita textura de la madera de la banca, hasta que su evasiva desencadenó contrariedad: «¿Me han llamado ya y no me he percatado?», y descollaba en el salón por su semblante inquieto y preocupado. Entonces escuchó el llamado de un nombre impronunciable que fue atendido por uno de los que, como él, esperaban ahí y volvió a

tranquilizarse.

Aquella fina voz femenina volvió a escucharse nítidamente en el espacioso salón: «La compañía le recuerda portar su permiso de tránsito en todo momento. Cualquier colaborador que sea detenido sin éste se expone a severas reprimendas», y al considerar el mensaje encontró desencanto e insipidez en el hecho de que aquella voz le resultara tranquilizadora, y al indagar con mayor firmeza, imágenes extrañas y distorsionadas volvieron a acosarlo. El altoparlante quiso alejarse en el espacio y todo se volvió negro; un leve sonido empezó a intensificarse: gritos. Movi6 su vista bruscamente entre la oscuridad sin saber realmente qué buscaba, hasta que aquellas sombras en forma de gente volvieron a hacerse visibles. Levant6 sus manos y arrug6 sus dedos en el aire, y cuando estuvo a punto de tapar sus oídos, los gritos cesaron estrepitosamente y una vez más se encontró en aquel aburrido salón.

—¿Qué tal, trotamundos? —dijo la voz de una joven.

Jon se volte6 cortando el aire con su delgada nariz, echando su cabeza hacia atrás, de modo que sus ojos se vieron forzados a mirar hacia abajo. Sentada a su lado estaba una mujer joven, llevaba su cabello castaño claro ligeramente rizado y cortado por los hombros. De tés pálida y enormes e intensos ojos azules, y a pesar de que encontró en ellos gallardía y pericia, y que consideraba que aquello solo se ganaba con la edad, dedujo que la joven no rebasaba los veinticinco años.

—¿Per... perdón...? —titube6 él—. ¿Me habla a mí?

—Muy gracioso. —Ella torció su rostro hasta que se traz6 en él un visaje desabrido—. Han tardado mucho tiempo. —Lo golpe6 levemente en su brazo. Otra vez sonreía—. ¿Has traído algo para mí...? No me digas... creo que puedo adivinarlo... Mmm... ¡Una bufanda! —gritó.

Jon Vane levant6 sus manos frente a ella con las palmas bien abiertas, como si intentara empujar el aire que los separaba. «Baja la voz», le dijo, y mir6 a todos lados, seguro de que alguno de los oficiales, quizá ese odioso hombre que lo había escoltado desde el andén, se acercaría a reprenderlos. Ninguno lo hizo.

—¿Qué pasa? —insisti6 la joven—¿Has vuelto a olvidarlo? —Lució triste— Sabes que perdí la que tenía... —Dud6 un momento, y después volvió a sonreír—. ¿No te lo dije?

—Yo... eh... —Jon escrut6 su memoria en busca de una reminiscencia que pudiera ayudarlo a expresar palabra. No encontró nada.

—Pero, ¿qué estoy diciendo? —sigui6 ella— Ni siquiera sabías que vendría... ¿o sí...? A veces creo que lo sabes todo, y otras estoy segura de

que no te enteras de nada. Como sea, ya habrá otra oportunidad para eso, tienes cosas que hacer, ¿cierto?

Jon caviló. Ella esperó optimista.

—¿Entonces? —gritó ella. Él se sobresaltó, fue evidente que su ausencia lo había dejado fuera de guardia.

—Eh... este... ¿El reactor de fusión? —conjeturó vacilante.

Ella enmudeció desencantada. Se quedó quieta un momento y después pareció desentenderse de la conversación. Su curiosidad divagó por todo el salón, miró a la ventanilla y luego a quienes esperaban, y Jon pudo ver como aquellos cautivadores ojos danzaban en todas direcciones buscando entretenimiento. Ella detuvo su escudriño de pronto y se le vio sonreír. Sacó un pedazo de papel, lo arrugó, formando una bola con él, y se preparó, moviendo su mano de adelante hacia atrás, para lanzarlo contra una de las personas en la sala. «¿Qué piensas hacer?», preguntó Jon inquieto. Antes de que pudiera detenerla, ella lanzó el papel golpeado levemente a un hombre en la parte de atrás de la cabeza. «¿Qué haces?», preguntó Jon y volvió a mirar al hombre y a los oficiales. Nadie reaccionó de ninguna manera en especial.

Ella resopló con la boca cerrada produciendo un sonido golpeado y breve. Su sonrisa volvió a sofocarse.

—Que aburrido.

—¿Qué intentas hacer? —insistió Jon con cierta molestia.

Ella se echó hasta atrás, recostando su espalda en el respaldar de la banca y reposó sus brazos sobre la parte superior de éste.

—Pienso en ello todo el tiempo —dijo ella después de un breve silencio—... Hubo un momento en el que solo dos hombres sabían cómo volar... Míranos ahora, siento pena por ellos.

—¿De qué hablas...? ¿Te conozco? —Jon decidió preguntar de frente, a pesar de sus intentos no encontró en su memoria información de la joven. Ella lució confundida.

—Oh, ya sé. Es el cabello, ¿cierto? Lo recorté recientemente. —Movía sus manos para adornar sus palabras y meneaba su cabeza exóticamente como si con el movimiento consiguiera orientar mejor su mirada—. No era mi intención personificar ese recurrente retrato... ya sabes, ese... de la persona que corta su cabello cuando se propone hacer un cambio significativo en su vida. En verdad lo detesto... Lo veo repetidamente en obras de ficción, ¿es que acaso no se cansan de repetir una y otra vez esa

imagen? Pero bueno, tuve que recortarlo, es que quería hacer un cambio significativo...

—Lo siento —interrumpió Jon abrumado—, pero tengo cosas que hacer. Es mejor si espero en otro sitio. —Se levantó de su asiento y se propuso buscar otro.

Ella lo tomó por el brazo con ambas manos evitando que se fuera. Él quiso empujarla y liberarse, pero uno de los oficiales pareció inquietarse al verlo de pie. Se sentó de nuevo un instante después.

—¡Relájate! —dijo molesta—. No estaba durmiendo, simplemente no estaba aquí.

La confusión tomó a Jon prisionero nuevamente, se había vuelto íntimo con el sentimiento. Sus parpados se crispaban tercamente como si se hallaran indecisos, y aquello le era casi tan fastidioso como el vibrar incontrolable de sus manos. La jaqueca se intensificó con cada parpadeo, hasta que el mismísimo salón lo atacó: su luz se volvió cegadora y chillante, y sus sonidos groseros y aturdidores. «Está empeorando», dijo suavemente, y entonces se preguntó si se desvanecería, si los oficiales lo lanzarían en algún oscuro y remoto agujero. Forzó sus parpados, hasta que ya no pudo ver nada. Cuestionó el mundo un par de veces, y decidió que era preferible caer desmayado, olvidar el dolor y descansar por siempre.

—¿El suelo se mueve? —preguntó ella. Carcajeó tímidamente—. Sí, se mueve. Puedes sentirlo, ¿cierto? Claro que lo sientes, pareces un muerto.

Él abrió los ojos y el dolor se tornó insignificante, y la luz y los sonidos volvieron a ser corrientes.

—Me ha vuelto. Ya lo tengo. Olvido esto y lo otro, pero ahora lo tengo. No es mucho, pero sé que hemos hablado antes. —No la miraba, su cabeza apuntaba al frente.

—Pobre de ti. Ya empiezo yo a sentirlo también. Pero entonces levanto mi cabeza y todo es placentero. —Ella lo cogió por las mejillas y le torció la cabeza para que pudiera verla—. ¿Será así por siempre? Quiero saberlo. Déjame ver en tus ojos, allí encontraré la respuesta.

Él no combatió, se quedó quieto, adormecido. Por un instante le pareció normal, o tal vez fue que todo dejó de importarle. Ella lo tenía cogido, mirando en sus ojos, con una quebrada mueca que ya casi dejaba de parecer sonrisa. Lo soltó de pronto. Él se agitó ruidosamente.

—¿Quién eres? —preguntó Jon; la miraba con ojos nublados.

Ella lució extrañada. Movi6 su cabeza en reproche. Se qued6 en silencio un momento, cinco segundos talvez.

—Es el cabello, ¿cierto? —Sonri6.

—¿Qu6 es lo que quieres?

—Ayudarte, tonto. Es un riesgo —escupi6 risas—, uno grande, pero solo pod6a ser yo.

El frot6 sus ojos, esos de color avellana, que al salir del iris el blanco de su escler6tica se tornaba rojizo, y crey6 sentir que emit6an un calor pesado.

—¿C6mo vas a ayudarme?

—Marco ya no puede d6rtelo, pero yo lo traigo. Presta atenci6n. Dos, cuatro, cinco, uno, tres, ele, jota, tres.

Jon deform6 su fisionom6a vertiginosamente. Volvi6 a pensar que la joven estaba loca y que no la hab6a visto nunca antes, que por su condici6n hab6a estado cerca de enga6arlo.

—Es mejor que me vaya —dijo 6l, su cara empezaba a adquirir un tono verdoso.

—¿Lo memorizaste? Aseg6rate de usar ese y no el que tra6as.

—¿El que tra6a?

—D6melo, quiero comprobar que lo aprendiste... Pero que estoy diciendo, si t6 no puedes recordar nada. No importa, aqu6 est6.

Ella busc6 en los bolsillos de su chaqueta de tejido de algod6n y cuello chimenea; primero en el derecho y luego el izquierdo. No encontr6 nada. Revis6 los bolsillos laterales de su pantal6n de corte recto, hasta que estuvo segura de que no hab6a nada en ellos. Subi6 sus piernas a la banca y se inclin6 hacia adelante, arrimando su cabeza hasta el borde de la banca y asom6ndose desde ah6 para mirar bajo ella.

—Lo habr6 perdido... —Se rasc6 la cabeza—. Ni modo, pr6stame tu l6piz y la libreta.

—Lo siento, no llevo nada de eso conmigo.

Jon se levant6 de nuevo, decidido a soltarse si es que ella volvi6a a tomarlo

del brazo, sin importar lo rudo que tuviera que ser.

—Están ahí en tu gabardina. —Ella lo señaló.

Un reflejo involuntario lo obligó a palpar los bolsillos de su gabardina. «¡El frasco de analgésicos!», pensó, y lo sacó para tomar uno. Se desilusionó al encontrarlo vacío. Volvió a guardarlo.

—Me refiero al bolsillo interior —insistió ella—. Vamos, no tenemos todo el día.

«¿Bolsillo interior?», se preguntó. Dudó que tuviera uno, pero, como nunca estaba seguro de nada, decidió comprobarlo. Metió su mano derecha entre su gabardina, a la altura del pecho, y manoseó, buscando. Su mano encontró algo, y aunque intentó no parecer sorprendido, sus ojos avellana de bordes rojizos se hicieron perfectamente visibles. Consideró en silencio su siguiente movimiento. Ella lo miraba sonriente.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Jon, y sacó su mano de entre su gabardina. Traía un lápiz y una libreta. Extendió su mano y se los ofreció a ella, sentándose nuevamente a su lado.

Era un pequeño cuadernillo, no más grande que una cajetilla de cigarrillos, de esos que solía fumar antes pero que había dejado por un consejo. Las cubiertas, la frontal y la trasera, estaban hechas de una pasta de papel teñida de negro y con el símbolo que encontraba en todas partes, y estaban engargoladas, junto a las hojas, por una espiral de plástico color blanco desde la parte superior. Ella hizo un rápido movimiento y, ni bien la tuvo en sus manos, la abrió y empezó a pasar hojas, ojeándolas tan detenidamente como el tiempo se lo permitía y hasta carcajeándose un par de veces.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó desconfiado.

Extendió su mano para arrancar la libreta de sus manos, pero ella hizo un ademán para evitarlo. «Está bien, relájate», le dijo, y para ahorrarle a Jon otra molestia saltó hasta la última página que estaba escrita. En ella encontró una serie de números y letras.

—No uses este —dijo antes de tacharlo con una larga y torcida equis.

Volvió a subir sus piernas y dobló sus rodillas pegándolas contra sus pequeños pechos, y apoyó la libreta sobre la izquierda y su antebrazo sobre la derecha para optimizar su pulso. Debajo de la serie que había tachado escribió aquello que le había dicho antes, y todavía más abajo, dibujó un rostro sonriente y lo firmó: «Con amor, Rin». Él, irresoluto y en

solemne silencio, miró el proceso detenidamente.

—¿Qué es eso que tachaste?

—¿De qué hablas?, ese es el código que te asignaron, pero no debes usarlo. —Lo amenazó con el dedo.

Ella le entregó la libreta y él la recibió vehemente. Quiso ojearla al instante, pero ella volvió a reprenderlo.

—Deja eso para después, pronto tendré que irme.

Él obedeció la orden; guardó la libreta. «No olvides el lápiz», le dijo ella, y se lo entregó. Él no emitió palabra, se inclinó hacia adelante apoyando sus brazos sobre sus rodillas. Con sus ojos rojizos miró meditabundo al suelo de granito. «¿Qué está pasando?», pensó, y aquella voz que lo tranquilizaba volvió a pronunciarse: «La compañía le recuerda que el almacenamiento de raciones de alimento no consumidas está completamente prohibido. Se asigna una porción de alimento específica que todo colaborador debe ingerir con el fin de asegurar un óptimo desempeño de sus funciones. Cualquier colaborador que sea encontrado vendiendo, cediendo, o intercambiado raciones, enfrentará sanciones severas e inexorables».

No se escuchó sonido por varios segundos.

—No lo entiendo. Sé que no tiene sentido, pero algo sucede dentro de mí cuando escucho esa voz. Me llega una extraña serenidad. Me siento tranquilo. —Fue tan honesto que se sintió extraño.

—¿Ah, sí? Pues a mí me deprime. —La vista de la joven se volvió vidriosa.

—No puedo explicarlo... cuando se detiene siento una amarga dureza en mi pecho.

—Conozco el sentimiento... —Proyectaba una tristeza conmovedora. Se transformó un instante después—. Alégrate, trotamundos... —Ella, de nuevo, subió sus pies a la banca, y volteándose hacia Jon se inclinó hacia atrás, extendiéndose sobre la banca, echándose acostada, con sus rodillas dobladas, y pegando los talones a sus nalgas—... Estamos muy cerca.

—¿Cerca de qué? Ni siquiera puedo imaginar que pasará después.

—No te preocupes, esta gente no sabe quién eres, ni de dónde vienes... no todos al menos.

Él levantó su cabeza, sus ojos irradiaban desconsuelo.

—¿Lo sabes tú?

Ella separó sus piernas y levantó ligeramente su sonriente rostro para que Jon pudiera verla.

—Por supuesto que lo sé, lo sé desde el inicio. Estuve ahí... —Volvió a recostarse—. Aunque... no era realmente yo. Realmente no eras tú.

Él agitó su cabeza con molestia.

—Nada de eso tiene sentido para mí. No tengo idea de quién eres... A decir verdad, ni siquiera estoy seguro de qué diablos sea este lugar.

—Esto es una prisión... —Se carcajeó espeluznantemente—... es una prisión para la mente. —Se levantó de golpe y con sus dedos dibujó un rectángulo justo frente al rostro de Jon—: «Prohibido pensar». O quizá sea más adecuado: «Prohibido ser».

—Una prisión, ¿eh? Eso lo he deducido por mi cuenta. El lugar de donde vengo es igual.

—¿El lugar de dónde vienes...? —Una risa ronca se escabulló entre su impecable dentadura—. El mundo entero les pertenece, tonto... o al menos la parte que no está en ruinas.

«¡Es cierto!», dijo él en voz baja, a los sonidos los acompañaban una repetitiva contorsión de sorpresa.

—¿Dijiste algo...? No importa, no lo repitas, nada de lo que dices tiene sentido... Mira quien lo dice —y volvió a reír—. Concéntrate, pronto llegará el momento. Tan solo tendrás un instante, no lo desperdicies.

—¿Es la locura algo común en este lugar? —preguntó él. Se había abierto de más con la joven—. Tal vez soy solo yo. Nada parece real, mi cabeza me juega malas pasadas. Hace un momento imaginé que un hombre era atacado en el andén. Y ahora tú.

—¿Marco? —Se mordió el labio inferior—. Su prueba de iris falló y fue capturado. Ya no podrá ayudarte, tendrás que apañártelas tu solo.

Jon se quedó perplejo. «¿Pasó entonces...? ¿Venía conmigo...? ¿Estoy en peligro?», incontables dudas poblaron su mente.

«Jon Vane», sonó la voz del alto parlante. Jon la ignoró por completo.

—¿De qué hablas? —preguntó Jon—. ¿Quién era ese hombre?

Ella lo miró sonriente, no dijo nada.

—¿Quién diablos eres? —insistió—. ¿Qué está pasando aquí?

«Jon Vane», repitió la voz del alto parlante.

—Es hora, trotamundos, te llaman. Ve por ellos. —Y movió su puño levemente, simulando un golpe.

Jon se volteó hacia la ventanilla y sobre ella miró su nombre dibujado en una pantalla monocromática. Volvió a mirar a la joven, ésta solo irradiaba esa sonrisa incansable. «Pero...», titubeó. Un oficial de seguridad empezó a caminar en su dirección. Jon se levantó, con duda en sus ojos, y empezó a caminar hacia la ventanilla. El oficial se detuvo al mirar que avanzaba, y cuando se aseguró de que se dirigía hacia la ventanilla, se devolvió a su lugar. Jon miró de nuevo atrás, la joven no se había movido de su sitio. Volvió a ver al frente, justo en el instante adecuado para sortear una banca que casi golpea. Se tambaleó torpemente hacia un lado. Miró de nuevo atrás, la joven se reía de él. Dio un par de pasos más y por fin estuvo en la ventanilla.

—Soy yo, soy Jon Vane —dijo mirando al oscuro cristal.

No obtuvo respuesta. Miró atrás nuevamente y otra vez al frente.

—Eh, disculpe... ¿Me llamaron hace un momento? —insistió.

—¿Qué está esperando? —dijo una voz odiosa que salió de los orificios de la burbuja en el centro de la ventanilla.

—Soy... soy Jon Vane —repitió dubitativo.

—¿Me lo está preguntando?

—Eh...no, no, isoy Jon Vane!

—Acerque su rostro al escáner de iris, señor —ordenó la voz con molestia.

Él se movió tímidamente, y colocó sus ojos frente al dispositivo. Se sintió en un lugar diferente mirando aquel pequeño conducto que lo miraba de vuelta, un lente pequeño que pareció parpadear un momento. «Jon Vane», dijo una voz robótica apenas entendible. Él apartó su cabeza del escáner y se volteó hacia la zona de espera, buscando a la joven. Está seguía sonriente, ahora levantando ambos pulgares en señal de

aprobación.

—¿Por qué vuelve a escanearme? —Lo preguntaba por preocupación, la historia de la joven había conseguido inquietarlo—. A la llegada, en el andén, mi identidad fue confirmada por un dron.

—¿Lo dice en serio? ¿Y las personas que ya se encuentran en este distrito?, ¿cómo confirmaríamos su identidad cuando vienen por un nuevo permiso de tránsito? ¿Cree que vamos a entregar un documento tan delicado sin estar seguros de a quién se lo damos?

—Oh, lo siento, es que pensé que...

—Identidad confirmada por un dron... Lo que hay que escuchar. ¿No sabe que los insurgentes han conseguido engañar al sistema de escáner de los drones? Pero estos escáneres no pueden engañarse fácilmente, la proximidad permite que el escaneo sea más detallado.

—Lo siento, señorita, era simple curiosidad.

—Oh, ya veo —Su tono cambió radicalmente. Ahora se le escuchaba cordial—, es fascinante ¿cierto? Dicen que es imposible burlar estos reconocimientos de identidad. El mismísimo Dr. Barns participó en su desarrollo.

—Eh... sí, es fascinante. —Todo le parecía absurdo.

—Bueno, y... ¿a qué espera?

—¿A qué espero?

—¡Apúrese, señor Vane! —Se escuchaba molesta de nuevo—. Va a meterme en problemas.

—Este...

—Sabe muy bien que la información de los permisos de tránsito no se almacena en el sistema. Cambia constantemente según lo que requieran los administradores.

—¿Ajá?

—¡El código, rápido!

—¿El código? —preguntó él.

—El código que le fue asignado cuando se aprobó su transferencia. No

tengo todo el día.

—Oh, el código, cierto. Un momento, por favor.

Jon sacó la libreta de su gabardina y saltó hasta la última hoja escrita, en donde encontró ambos códigos, el tachado, y el que había escrito la joven.

—¿Qué hace? Sabe muy bien que está prohibido anotar esos códigos —regañó la voz—. ¿Qué haría si caen en manos de los rebeldes? ¿Por qué cree que no se asigna el código a la prueba de iris? De hacerlo los rebeldes empezarían a sacarle los ojos a los altos rangos. La compañía es muy clara, los códigos deben ser memorizados. Si es que no es nada difícil, esos códigos duran tan solo un día... Es decir, se lo han tenido que dar esta misma mañana.

Jon miraba ambos códigos intentando decidir cuál utilizar. Parecía absorto en sus pensamientos.

—¿Me está escuchado? —insistió la voz.

—Claro... qué pena, es que soy bastante olvidadizo. Si no llego a anotar lo soy capaz de...

—Oh, ni pensar, si llega a olvidar su código la pasaría muy mal... Como parece una persona agradable voy a dejarlo pasar, pero tiene que entender lo delicado del asunto. Ha tenido suerte que he sido yo quien lo ha atendido... Deme el código.

Jon volvió a dudar. Consideró lo que podría suceder si el código que le había dado la joven resultaba ser falso. O tal vez era peor si resultaba correcto; después podría meterlo en mayores problemas.

—Y, ¿bueno...? —insistió la voz.

Él se formuló infinidad de preguntas en un instante hasta que una alucinación lo llevó a ese mundo que no comprendía en donde todo parecía ser cierto y a la vez nada existía.

—Dos, cuatro, cinco, uno, tres, ele, jota, tres. —Fue casi instintivo. Había optado por utilizar el que le dio la joven. Se arrepintió al instante.

Cinco segundos después la voz a través de los orificios de la burbuja en la ventanilla volvió a hablar.

—¡Oh! Un permiso de tránsito libre. Ha de ser alguien importante si se le da acceso ilimitado. Nunca antes había entregado uno de estos... —La voz se silenció un momento mientras entendía lo que implicaba un código

como ese. Se tornó especialmente respetuosa un momento después, nerviosa incluso—. Lo siento mucho si antes le he hablado de mala manera, señor. Créame que solo he querido ayudar. En seguida imprimo su permiso.

Unos segundos después, una tarjeta salió del dispensador de permisos a la izquierda. Jon lo tomó tímidamente.

—Eso es todo, señor —dijo la voz—. ¿Necesita algo más?

—Eh... no conozco el lugar...

—Enseñe esa tarjeta a cualquier oficial. Estarán felices de ayudarlo. Espero haberlo asistido bien. Que tenga un buen día, señor.

Jon se apartó de la ventanilla, mirando dudoso su tarjeta. Era rígida, de algún material duradero, brillaba al moverla contra la luz. Tenía impreso su nombre y su fotografía, y un pequeño cuadrado de color dorado que encerraba la letra "S"; un permiso de tránsito libre, que permitía acceder a cualquier lugar en el distrito. Entonces Jon decidió que la incertidumbre era insoportable y que debía averiguar algunas cosas, y pensó en su libreta y en quien escribiera en ella. De inmediato miró al área de espera, pero la misteriosa joven ya no estaba y por alguna razón pensó en el agónico humo remanente de una fogata recién apagada. Entonces esa familiar sensación de desasosiego se intensificó hasta el punto en que empezó a desenterrar algo similar al miedo. Todo lo que acababa de suceder se le antojó enigmático e incierto y por su aspecto pálido y desdichado parecía enfermo. Y cuando esa energía oscura que despertaba cuando estaba en apuros estuvo por tomarlo cautivo, esa voz que calmaba su angustia volvió a escucharse: «La compañía le recuerda que existe un toque de queda inapelable que obliga a todos los colaboradores a permanecer en sus estancias después de las 9:00 p.m. Cualquier persona que sea encontrada fuera de su estancia se expone a fuertes y rigurosas sanciones. La compañía agradece su servicio y le recuerda, "La productividad prevalece en obediencia"».